

ENTREVISTA

Las relaciones internacionales hoy.

¿Quién diría que éste es un mundo más seguro?

Con Susan L. Woodward, Gilbert Achar, Esther Barbé,
Rafael García Pérez y Paloma García Picazo

DIÁLOGO DE PALOMA GARCÍA PICAZO CON ESTHER BARBÉ Y RAFAEL GARCÍA PÉREZ

ESTHER BARBÉ. Es catedrática de Relaciones Internacionales en la Univesitat Autònoma de Barcelona desde 1994 y autora de numerosas publicaciones, entre las que destacamos *Relaciones Internacionales* (Madrid, 2.ª ed. 2003), *La política europea de España* (Barcelona, 2000) y *La seguridad en la Nueva Europa* (Madrid, 1995). Sus áreas de interés principal son el orden internacional, la integración europea y la política exterior y de seguridad. RAFAEL GARCÍA PERÉZ es profesor titular en la Facultad de Ciencias Políti-

cas de la Universidad de Santiago de Compostela y autor de *Política de seguridad y defensa de la Unión Europea* (Madrid, 2003) y *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial* (Madrid, 1994). En esta entrevista, conducida por PALOMA GARCÍA PICAZO, también profesora de Relaciones Internacionales en la UNED y miembro del Consejo de redacción de la RIFP, nos proponemos abordar la dimensión teórica del debate sobre la seguridad.

PALOMA GARCÍA PICAZO. En mi opinión, una manía tecnocrática vigente en ciertas corrientes de la teoría de las Relaciones Internacionales consiste en aplicar a los análisis de la realidad internacional el epíteto de «nuevo». Todo se vuelve hablar de «nuevos/as» desafíos, retos, situaciones, catástrofes, soluciones... concernientes a un devenir que, en muchas de sus determinaciones, más bien parece responder a esquemas antiguos, por no decir arcaicos. La guerra no es precisamente nueva, ni el hambre, ni la injusticia, ni las crisis de todo tipo. Esta consideración apareja tres cuestiones: ¿en qué medida es posible calificar de «nuevo/a» a los principales y más espectaculares acontecimientos mundiales del presente?

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. Es cierto que los internacionalistas tendemos a abusar del calificativo «nuevo» para adjetivar casi cualquier tipo de acontecimiento o situación que se produce en el medio internacional, pero hay una circunstancia que nos redime: asistimos

a una etapa de cambios estructurales en la sociedad internacional. Tanto la transformación del entorno estratégico, consecuencia del fin de la guerra fría, como, sobre todo, el impacto del proceso que hemos dado en llamar «globalización» han provocado que muchas cosas cambiaran y sigan cambiando en nuestros días. Como científicos y coetáneos de los hechos tratamos de comprender la naturaleza y alcance de esas transformaciones. En estas circunstancias la comparación con la situación anterior resulta inevitable y de ahí surge el término «nuevo» empleado de forma reiterada.

ESTHER BARBÉ. Esa tendencia de calificar a los acontecimientos internacionales de nuevos responde al cambio que se vive tras el final de la guerra fría. Pasar del bipolarismo del sistema, en materia diplomática y militar, a una nueva estructuración del poder llevó a que se comenzara a utilizar de manera abusiva el término de nuevo. Es evidente que las tendencias de globalización económico-tecnológica o de depauperación de ciertas zonas del mundo no se pueden calificar de nuevas de la noche a la mañana. Forman parte de un proceso. De ahí que cambio y continuidad, en mi opinión, sirvan a la vez para calificar acontecimientos de los que vivimos hoy en día. ¿Es posible hablar de novedad? Sí y no.

PALOMA GARCÍA PICAZO. Entonces, ¿qué convierte a un suceso o realidad en algo realmente «nuevo» en la escena internacional?

ESTHER BARBÉ. Voy a poner un ejemplo para intentar responder a esta cuestión. Pongámonos en el escenario africano en el que la guerra o el hambre no tienen nada de nuevo. Hoy en día se solapan tendencias existentes desde el fin de la descolonización (régimen corruptos, clientelismo, violencia, pobreza) con nuevas realidades, como el impacto masivo del Sida o la descomposición de las estructuras estatales por el efecto combinado de programas de ajuste estructural y de fin de la guerra fría, que han llevado a las élites a convertirse en depredadores de sus poblaciones y de sus territorios para mantener las prebendas que antes tenían gracias a la lógica de guerra fría y a las empresas públicas, por ejemplo. Ahí es donde introducimos algo nuevo respecto a lo ya conocido. Y en este caso, la nueva conflictividad tiene componentes tanto cuantitativos (violación masiva de los derechos humanos) como cualitativos (guerras internas regionalizadas, como en el caso de los Grandes Lagos o del África Occidental) que nos permiten hablar de nuevas guerras, por ejemplo.

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. La palabra «nuevo» tiene más de un significado. Antes la empleaba en el sentido de «distinto o diferente de lo que antes había», mientras que de la pregunta (¿qué convierte a un suceso en algo realmente «nuevo?»), tal y como está formulada por Paloma García Picazo, se desprende otro significado en tanto que «sin precedentes» o «que ocurre por primera vez». Me parece que es mucho más frecuente su uso en la primera acepción que en la segunda. En todo caso, también se producen hechos de los que no existen precedentes. Por ejemplo, la capacidad de actores no estatales para ejercer influencia en el medio internacional, tanto en el ámbito de seguridad (*al-Qaeda*) como en el económico (especuladores privados capaces de desestabilizar una moneda nacional), o en el político (la campaña contra las minas antipersonales). Nunca antes en la Historia se habían producido hechos parecidos.

PALOMA GARCÍA PICAZO. ¿La obsesión por llamar «nuevo/a» a casi cualquier cosa no responde a una carencia de perspectiva histórica y, en definitiva, a una especie de alfabetismo cultural instalado en las instancias decisivas del poder internacional?

ESTHER BARBÉ. Es evidente que no todo merece el calificativo de nuevo. En efecto, una dosis de visión histórica, por una parte, y otra de análisis de las relaciones internacionales en todas sus dimensiones (estructura de poder, unidades del sistema, dinámica de funcionamiento), por otra, son necesarias para refinar el uso abusivo de lo nuevo/a. El escenario europeo en 2004, por ejemplo, tiene componentes de novedad, si nos situamos, por ejemplo, en una visión que contraste con la guerra fría. La incorporación de países de la Europa Central, que durante décadas estuvieron en la esfera de influencia soviética, a la Unión Europea es una novedad. Y ello por dos razones: por un lado, porque cambia radicalmente la lógica de equilibrio del poder en Europa, si es en esos términos en los que deseamos razonar, y, por otro lado, porque va a modificar sustancialmente la dinámica de integración europea, que durante décadas ha respondido a algunas reglas de funcionamiento, como por ejemplo, el peso del eje franco-alemán. Todo ello es nuevo pero, ¿cómo definir lo que yo calificaría como el regreso de la Historia al escenario europeo? ¿Es nuevo el regreso de la Historia? Parece una contradicción *in termini*. Y creo, en efecto, que la ampliación a Veinticinco de la UE, que va a aportar novedades, también está suponiendo la reaparición en la escena europea de una agenda histórica en forma de asunto político actual. Voy a poner un ejemplo: el ingreso de Polonia en la Unión ha traído a la agenda de la UE el tema de las relaciones con Ucrania y, si uno para atención a lo que ocurre en esa frontera polaco ucraniana, donde miles de personas viven del tráfico diario, a un lado y otro de la frontera, se da cuenta de que el factor histórico (el solapamiento polaco ucraniano en una ciudad como Lvov/Lviv, según la lengua que se utilice) está presente y va a imprimir sus efectos sobre una discusión tan propia del siglo XXI como son las fronteras Schengen de la Unión.

RAFAEL GARCÍA PERÉZ. Lo que ocurre es que el empleo del término «nuevo» ofrece siempre una buena imagen, tal y como nos viene enseñando la publicidad desde hace décadas. Por eso no es de extrañar que los políticos lo introduzcan en su discurso con la intención de reforzar su legitimidad y hacer más atractivo su mensaje. Por ejemplo, la declaración del presidente Bush ante el Congreso, el 11 de septiembre de 1990, anunciando su intención de establecer un «nuevo orden internacional». Parecidas razones hacen frecuente su uso en los medios universitarios, particularmente en los norteamericanos, en donde las aportaciones de los académicos, para ser apreciadas y lograr relieve, deben diferenciarse claramente de lo anterior por lo que tienden a ser presentadas como algo «nuevo» con el objetivo de acreditarse en términos científicos. En general, claro que puede apreciarse una cierta «carencia de perspectiva histórica» o, sencillamente, superficialidad o irreflexión a la hora de emplear el término, lo cual no invalida la percepción que mayoritariamente compartimos los internacionistas: que asistimos a una etapa de cambios cuyo resultado es el surgimiento de una realidad internacional distinta.

PALOMA GARCÍA PICAZO. Un tópico recurrente en los análisis y estudios que se realizan de la actualidad internacional es la «globalización», un comodín verdaderamente fastidioso porque raras veces se consigue decir algo sustantivo del mismo. ¿Qué significa para vosotros la «globalización»?

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. «Globalización» es un término que se generalizó en la década de los años noventa y que designa tanto a las transformaciones de naturaleza económica que se están produciendo como a las repercusiones que alcanza este fenómeno en el ámbito político, social y cultural. Se trata de una palabra-tótem cuya mera utilización permite acreditar cualquier discurso o justificar cualquier decisión política. Se trata de la expresión más empleada en los últimos tiempos y es, sin duda, la menos definida. Para Zaki Laïdí (*Un mundo sin sentido*. México. FCE, 1997) está pendiente de enunciar la categoría epistemológica que defina a la globalización, y que ésta sea aceptada por la comunidad científica. En tanto se produce ese consenso, el término «globalización», con todas sus carencias conceptuales, nos permite designar al conjunto de procesos que están reestructurando las formas clásicas de organización política y socioeconómica, particularmente el Estado, lo cual adquiere repercusión tanto sobre la organización de la política interna como sobre el conjunto de las relaciones internacionales. En definitiva, la globalización puede ser entendida como un proceso, como un conjunto de procesos cuyo principal resultado es el surgimiento de múltiples redes interdependientes de ámbito planetario.

ESTHER BARBÉ. La globalización para mí es un fenómeno vinculado al desarrollo tecnológico, fundamentalmente la sociedad de la información, y su impacto sobre todo en el terreno económico, pero también en los terrenos social y político. Posiblemente uno de los fenómenos que mejor ejemplifica la globalización es el terrorismo internacional. En efecto, Al Qaeda constituye, en mi opinión, un ejemplo perfecto de cómo manejar todos los hilos de la globalización. Por un lado, la inmediatez y la facilidad del movimiento de capitales en una u otra dirección del mundo. Por otro lado, el uso de los medios de comunicación y, en concreto, de la televisión. Se ha dicho que Bin Laden es sobre todo un producto de la globalización. Y estoy de acuerdo sobre ello. Si he hecho mención a este fenómeno es porque, en mi opinión, reúne todas las facetas de la globalización (económica, social y política) tanto por los objetivos perseguidos como por los medios utilizados. Lo que no deja de sorprender a muchos, si tenemos en cuenta que el fenómeno en sí se presenta como una respuesta a la globalización, entendida como «cocacolonización» y todo lo que esa noción comporta, dado el discurso cultural que subyace en el terrorismo islamista como contrapuesto a los principios y valores del mundo occidental. David Held ha escrito en su último libro que «el juego político dominante en la *ciudad transnacional* sigue siendo la geopolítica». Y si uno se aproxima a los movimientos de un personaje como Bin Laden, tras haber analizado todo lo que hay en ello de globalización, llega a concluir que el objetivo último es la caída de un régimen político, el de los Saud en Arabia Saudí. Si bien, como es evidente para todos hoy en día, el uso de métodos nada nuevos, como la inmolación de personas, junto con la novedad que comporta la globalización económica y tecnológica, ha dado una dimensión global al uso de la violencia por parte del islamismo radical.

PALOMA GARCÍA PICAZO. Entonces, ¿estarías de acuerdo en que la globalización es un fenómeno «nuevo», conceptualizado como tal desde la década de 1980, en lugar de abordarlo desde una perspectiva histórica más amplia, en la línea de los estudios de I. Wallerstein y su sistema de la «economía mundo»?

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. Uno de los elementos principales de la globalización, seguramente su desencadenante, ha sido la aplicación de las nuevas tecnologías de la información al proceso económico, lo cual permitió al sistema capitalista superar la crisis en que se encontraba sumido en la década de los años setenta, crisis que marcó el fin del modelo de desarrollo puesto en marcha tras la Segunda Guerra Mundial. Esta revolución tecnológica ha permitido el surgimiento de una nueva forma de producción capitalista: el *capitalismo informacional* (Manuel Castells: *La era de la información*, Madrid, Alianza, 1997-1999, 3 vols.). En tanto que capitalismo, obviamente esta etapa se encuentra asociada al proceso de onda larga, de expansión de un *sistema-mundo* del que habla Wallerstein y que define al conjunto de la era moderna (*El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979). A lo largo de este proceso pueden distinguirse distintas etapas, a pesar de que entre ellas existen elementos de similitud. Generalmente, la globalización actual tiende a ser comparada con la etapa de internacionalización de la economía mundial que se vivió durante la época de esplendor del imperialismo europeo, desde finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. ¿Qué elementos singularizan la situación actual frente a la pasada? Fundamentalmente que las redes de interconexión son más tupidas, alcanzan a más personas pertenecientes a culturas y grupos sociales más diversos, es más rápida y afecta más profundamente (Held/McGrew/Goldblatt/Perraton: *Global Transformations*, Oxford U.P., 1999). En la medida en que existen más interconexiones, cualquier perturbación en cualquier área tiende a expandirse con mayor facilidad a todo el sistema. Dado que estas redes de interconexión son más densas y complejas, sus efectos son cada vez más impredecibles. La incertidumbre se convierte así en el espíritu de nuestro tiempo.

ESTHER BARBÉ. Es evidente que el actual estadio de la economía capitalista es el producto de un proceso histórico y, de ahí, yo creo que tengan sentido los análisis que sitúan el inicio de la globalización en momentos históricos, como el descubrimiento de América. Sin embargo, creo que la instantaneidad de las comunicaciones en el mundo actual introduce un elemento de novedad en ese proceso. De ahí, por tanto, que me limite en insistir en lo que antes he dicho. Considero necesario destacar que estamos frente a un fenómeno, producto de un proceso histórico, que se ha visto cualitativamente modificado (aceleración, entre otras cosas) por la revolución tecnológica en el campo de las comunicaciones. Este debate sobre si el fenómeno es nuevo o tan sólo una etapa más de un proceso no constituye para mí una preocupación central. Quizá la preocupación central del analista debería dirigirse, en mi opinión, más hacia el impacto que el mismo tiene sobre las dimensiones políticas y sociales. Hay una cuestión clásica en el campo de las Relaciones Internacionales y que viene dividiendo a los analistas entre aquellos que ven en la interdependencia/globalización un factor generador de relaciones pacíficas, entre otras cosas por el traslado del poder hacia actores internacionales diversos, y aquellos que contrariamente no ven en dichos procesos nada nuevo respecto al dilema de seguridad en que se mueve la sociedad de Estados.

PALOMA GARCÍA PICAZO. ¿Cómo relacionaríais colonialismo, imperialismo y globalización?

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. Uno de los usos habituales del término «globalización» es como sinónimo de mundialización. De hecho, en francés es la expresión más común.

No creo, sin embargo, que ambos conceptos sean equivalentes. La mundialización sería, más bien, uno de los aspectos de la globalización que también podríamos denominar «planetarización»: la extensión al conjunto del globo de formas de organización socio-económica comunes. Desde esta perspectiva, la globalización sería consustancial a la evolución de la humanidad y se hubiera producido desde las migraciones primitivas, extendiendo el uso de la agricultura y la ganadería. Desde esta perspectiva, que no comparto, puede hablarse de una «globalización premoderna» y de otra «globalización moderna», iniciada hacia el 1500, en donde el proceso de planetarización habría atravesado por tres etapas sucesivas: pre-industrial (colonialismo), industrial (imperialismo), capitalismo informacional (globalización). Esta secuencia temporal puede ayudarnos a ordenar nuestras ideas siempre que consideremos globalización y mundialización como conceptos distintos.

ESTHER BARBÉ. Es evidente que la acumulación de capital en momentos anteriores de la economía capitalista se ha basado en la colonización y en el imperialismo. El Imperio británico es un ejemplo magnífico de dicha realidad. Todo ello nos sitúa en una lógica histórica, que da paso a la actual etapa de globalización. Ahora bien, ningún país poderoso quiere en estos momentos tener una colonia o un imperio, en el sentido clásico de dichos términos, porque no lo consideran necesario en el mundo actual, además de ser mucho más difícil que en épocas históricas anteriores. La población de los potenciales colonizados, que también ve las cadenas mundiales de televisión, es reticente por definición al gobierno desde el exterior. Lo mismo se puede decir de la población de los países avanzados, especialmente en Europa, donde las sociedades no aceptan ideas (colonialismo) o actuaciones (uso de la fuerza) propias de la segunda mitad del siglo XX. La posmodernidad de los europeos, de la que tanto se ha hablado, y su expresión contra la guerra de Irak ofrece un ejemplo para la reflexión en ese sentido.

PALOMA GARCÍA PICAZO. Desde 1945, con la creación de Naciones Unidas, formalmente la «guerra» no existe y, aún más, está prohibida. Sin embargo, son varios centenares de conflictos armados, algunos acompañados de genocidios, desapariciones, exterminios, desplazamientos... de millones de personas, los que desde entonces asoman en los medios de comunicación. Algunos políticos preeminentes siguen creyendo que la guerra es una solución a los problemas del mundo. ¿Qué opinión os merecen los debates suscitados a raíz de una revalorización del concepto de «guerra justa»?

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. Me parece un debate atractivo intelectualmente y oportuno dada la situación actual donde junto a la agresión interestatal clásica están planteadas, y en ocasiones se han producido, otras formas de acción armada. Principalmente: el ataque anticipatorio, la guerra preventiva y la intervención por razones humanitarias. Es necesario reflexionar sobre la necesidad de ampliar, o no, la noción de causa justa para recurrir a la fuerza armada en estas nuevas situaciones. En la medida que esta reflexión moral pueda contribuir a transformar la guerra en lucha política este debate académico puede suponer una contribución a la paz.

ESTHER BARBÉ. En efecto, la guerra es una realidad hoy en día. Quizá podamos comenzar diferenciando entre dos realidades. Por una parte, la guerra (de mayor o menor

intensidad) que enfrenta a grupos locales (término muy genérico) y que tiene lugar en las regiones más pobres del mundo, en la que participan partes diferentes (en ocasiones, una clara presencia de partes muy alejadas de la propia zona del conflicto, incluidas partes privadas, como empresas de seguridad del mundo occidental o, si se prefiere, mercenarios). Por otra parte, y por el contenido de la pregunta, he de hacer mención de la guerra emprendida por los países más avanzados, bien sea de forma unilateral o a través de una organización multilateral (OTAN), con la voluntad de dar «solución» a un problema existente sobre el terreno. Y creo que es en este último punto en el que se ha insertado el debate sobre la guerra justa. Recordemos, por ejemplo, que la intervención de la OTAN contra Serbia con el argumento de parar la política de limpieza étnica que se estaba desarrollando sobre la población albanesa de Kosovo fue uno de los momentos en los que más claramente se revitalizó el debate sobre la guerra justa, y se revisaron los argumentos clásicos de Michael Walzer en el contexto de la literatura en Relaciones Internacionales. Todos los debates que Kosovo, en su momento, y, más recientemente Irak, han generado en torno al *ius ad bellum*, al *ius in bello* y, ¿porqué no?, al *ius post bellum*, son necesarios. Es más, son lógicos, si tenemos en cuenta la evolución de las sociedades de aquellos Estados que, por activa o por pasiva, están implicados en los ataques militares. Y si no lo están, lo van a estar después en la reconstrucción posconflicto. Evidentemente, todos somos conscientes de que abordar el debate en términos morales nos lleva más allá de las clásicas lógicas políticas y jurídicas que dominan el escenario internacional. Y las propias Naciones Unidas, que, no lo olvidemos, son un producto de una sociedad de Estados fundada en el principio de la no injerencia.

PALOMA GARCÍA PICAZO. ¿Cuáles son las características principales de las guerras del siglo XXI? (guerras asimétricas, por ejemplo).

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. Asimetría, privatización y desmilitarización son rasgos característicos de los actuales conflictos armados que los diferencian de las guerras simétricas convencionales mantenidas tradicionalmente entre los Estados. La asimetría procede tanto de las diferencias entre los recursos empleados como, sobre todo, de la diferente estrategia de combate, del *tempo* con el que se desarrollan las operaciones. Sustancialmente la diferencia sigue siendo la misma que enfrentaba a la guerra convencional (simétrica) con la guerra de guerrillas (asimétrica), desarrollada por vez primera a comienzos del siglo XIX. En cada una de estas fórmulas varía la velocidad (guerra rápida o prolongada en el tiempo) y los recursos a ella asignados (muchos o escasos). Lo que ha cambiado en la actualidad es la naturaleza de la guerra asimétrica. Aunque sigue siendo necesario el respaldo mayoritario de la población, éste no es ya un factor decisivo. El nuevo terrorismo internacional ha descubierto que las infraestructuras disponibles en los países desarrollados considerados enemigos pueden ser utilizadas como el equivalente funcional del papel que anteriormente desempeñaba el apoyo, y el sacrificio, de la población civil (Herfried Münkler: *Die neuen Kriege*, Hamburgo, Rowohlt, 2002), con la ventaja de que han conseguido trasladar el escenario de la guerra desde sus propios países hasta el corazón mismo del enemigo. Es, precisamente, el nivel de desarrollo alcanzado por los países avanzados y su sistema democrático, lo que les confiere vulnerabilidad, que no puede ser neutralizada a pesar de su aplastante superioridad militar.

La privatización tal vez sea la característica más apreciable de las nuevas guerras. En la mayoría de los casos no son libradas por ejércitos bien equipados sino por milicias reclutadas de forma improvisada, dotadas de armas ligeras y baratas. Tampoco son ya frecuentes las batallas. Por el contrario, las acciones armadas se prolongan en el tiempo multiplicando los actos de violencia contra la población civil. Aunque los costes sociales de estas guerras sean tan altos como antes, los protagonistas de las nuevas guerras no suelen afrontar los gastos sino que obtienen beneficios de ellas y las utilizan como medio para enriquecerse (Mary Kaldor: *Las nuevas guerras*. Barcelona, Tusquets, 2001). La fuerza se ha convertido en una fuente de ingresos para quienes poseen las armas, especialmente en aquellos Estados colapsados donde no existe ninguna autoridad pública capaz de oponerse a esta violencia.

Por último, las guerras se están desmilitarizando. Esto significa que sólo en parte son libradas por soldados y que, en su mayor parte, no están dirigidas contra objetivos militares. Por el contrario, los objetivos principales son de naturaleza civil: los habitantes de un territorio, las poblaciones que son objeto de pillaje, o los símbolos del poder político y económico del enemigo, o de sus señas de identidad, tal y como se puso de manifiesto en los ataques del 11-S o con el incendio de bibliotecas y mezquitas en Bosnia. Además, los instrumentos que se emplean para llevar a cabo los ataques son de carácter genuinamente civil: el coche-bomba, el avión secuestrado y, desde luego, el terrorista suicida.

En mi opinión, es indudable que el fenómeno bélico, la violencia organizada, está cambiando en nuestros días y que esta mutación se inscribe en el proceso de cambios globales que, con carácter general, llamamos globalización.

ESTHER BARBÉ. En mi opinión las guerras del siglo XXI son de dos tipos. La primera es la guerra que hemos visto en Irak, la guerra tecnológicamente avanzada para derrotar al ejército enemigo y, después, el problema ya no es la guerra, sino la paz. ¿Cómo construir la paz? La segunda es la guerra degenerada, término utilizado por muchos analistas para definir los escenarios de matanza indiscriminada y sistemática, que abundan en el escenario africano. En realidad, se trata de conflictos armados en los que no identificamos ninguna de las lógicas clásicas en la guerra: ¿por qué se hace la guerra? Han desaparecido los objetivos políticos (hacerse con el poder político y crear un nuevo régimen, por ejemplo) y han desaparecido las partes en conflicto (la población ha dejado de ser un aliado, como ocurría en las guerras de guerrillas, para convertirse en parte del botín). Más que frente a guerras entre ejércitos o grupos armados (revolucionarios, u otros), estamos frente a carnicerías emprendidas por auténticos cuatros que lo único que persiguen es el beneficio económico inmediato, bajo cualquier forma imaginable (explotación de minas de diamantes o de coltán, chantaje sobre la ayuda humanitaria, «peaje» sobre pistas perdidas en la selva, etc.). Todo ello acompañado de la transnacionalización del conflicto y la privatización del conflicto. Así que la guerra hoy en día es algo tan diverso, como el ataque del 11-S, un ejemplo tradicional de guerra asimétrica, o las carnicerías de la población en el este de la República Democrática del Congo, donde la población ha vivido durante varios años un 11-S diario (más de 3.000 víctimas diarias durante tres años). Ése ha sido el inicio del siglo XXI, en Nueva York, un día, o en el Congo, cada día durante tres años seguidos.

PALOMA GARCÍA PICAZO. Para terminar, me gustaría saber cómo debería realizarse, a vuestro juicio, una inicial reforma de Naciones Unidas.

RAFAEL GARCÍA PÉREZ. Naciones Unidas es una organización gigantesca con problemas estructurales que la hacen vulnerable. Está constreñida, además, por un diseño institucional reflejo de una realidad ya superada: ni las relaciones de poder son las mismas que las existentes al término de la Segunda Guerra Mundial ni las amenazas a la paz mundial son de la misma naturaleza. La necesidad de transformar la organización es imperiosa desde el término de la guerra fría y, a pesar de los intentos, la reforma lleva estancada una década. La reciente publicación del informe del *grupo de alto nivel* comisionado por el Secretario General para elaborar una propuesta (*Un mundo más seguro: la responsabilidad que compartimos*, diciembre 2004) sin duda dará un impulso al debate, aunque siga sin lograrse el consenso. La clave del proceso es la reforma del Consejo de Seguridad. El informe de los comisionados ha conseguido sintetizar en sólo dos fórmulas alternativas las muchas propuestas de las que se ha venido hablando en los últimos años. Las dos pretenden atribuir una representación idéntica (seis Estados) a cada una de las cuatro grandes regiones del planeta (África, Asia-Pacífico, Europa y América), de manera que el número total de miembros del Consejo se ampliaría a 24. Ambas propuestas divergen, sin embargo, en cuanto a la naturaleza permanente, electiva renovable y no renovable de los nuevos miembros, respetando, en todo caso, la pervivencia de los cinco miembros permanentes con derecho a veto ya existentes. Este documento va a constituir una base de discusión fundamental para la reforma de la ONU y, si ésta se lleva finalmente a cabo, probablemente el resultado sea deudor de esta proposición. Aunque las dos propuestas recomiendan ampliar la composición del Consejo haciéndolo más plural y representativo, no tengo confianza en que puedan resolver otras carencias básicas de la institución: su eficacia y democratización. En la medida en que se siga manteniendo el actual derecho de veto, aunque no se extienda a los nuevos miembros, será muy difícil que el Consejo de Seguridad pueda rendir mayor cuenta de su actuación, ser más eficaz o ganar crédito internacional con sus actuaciones.

ESTHER BARBÉ. Aunque parezca muy trivial, yo diría que la reforma debería partir, de entrada, del cumplimiento de los acuerdos establecidos entre los Estados miembros de la Organización. Y, ¿por qué no empezar con cuestiones alejadas del núcleo duro del poder? Eso me aleja del Consejo de Seguridad y me acerca, por ejemplo, a la Declaración del Milenio y a sus Objetivos de Desarrollo. Desgraciadamente, Naciones Unidas vive un momento difícil, ya que la guerra de Irak ha contaminado a la organización en sus órganos principales, trasladando a la agenda de discusión temas como la interpretación del artículo 51 de la Carta. Por ello, y a pesar de los muchos Informes que vamos teniendo o que vamos a tener en un futuro inmediato, no soy nada optimista. Creo que es el momento para dirigir la atención hacia el cumplimiento de compromisos que afectan a miles de millones de personas en su vida cotidiana. La Unión Europea, que siempre se ha distinguido por políticas estructurales hacia la escena internacional, haría bien en presionar sobre esas dimensiones y dejarse, de momento, de batallas estériles en torno a asientos en el Consejo de Seguridad. Es el momento de las ganancias absolutas, pero mucho me temo que las ganancias relativas, en términos de poder político, se van a llevar la palma.

PREGUNTAS A SUSAN L. WOODWARD Y GILBERT ACHAR

GILBERT ACHAR. Es de origen libanés y ejerce como profesor de Ciencia Política en la Universidad de París-VIII. Es especialista en el mundo árabe y ha publicado diversas obras y artículos sobre el tema así como sobre política internacional en general, entre ellas *Le choc des barbaries. Terrorisme et désordre mondial* (París, 2002) y *L'Orient incandescent* (Lausanne, 2003).

SUSAN L. WOODWARD es profesora de Ciencia Política del Graduate Center, Universidad de la Ciudad de Nueva York. De entre sus pu-

blicaciones destacamos: *From the Adriatic to the Caucasus: Viable Dynamics of Stabilization* (editado con Stefano Bianchini, Ravenna, 2003) y «Transatlantic Harmony or a Stable Kosovo?», en *Balkans Politics: Different Views and Perceptions, Common Interests and Platforms?* (Berlín, 2004).

Para completar el diálogo anterior, hemos querido acercarnos a estos dos profesores con la intención de conocer sus opiniones sobre estos mismos asuntos de actualidad en la agenda de la seguridad internacional.

¿Dentro de la nueva Administración Bush tendrá la agenda de Asuntos Internos (nacional) prioridad sobre la de Seguridad y Política Exterior? ¿Se hallan en retirada los neoconservadores en la nueva Administración? ¿Están ganando terreno los conservadores tradicionales? ¿Acaso el fracaso de la guerra de Irak podría estar disuadiendo a la Administración Bush de aventurarse en más guerras preventivas?

SUSAN L. WOODWARD. A partir de toda la evidencia disponible, George W. Bush ha sido siempre un radical —alguien que cree en la utilización del poder político y la autoridad de gobierno para lograr cambios fundamentales. El suyo es un radicalismo de derechas, lo que significa que ese cambio fundamental está destinado a proteger o restaurar valores socialmente conservadores, los derechos de los propietarios de bienes y de los grandes negocios, un papel minimalista del gobierno en asuntos económicos y, en la escena internacional, el poder y los intereses americanos. Sus objetivos se aplican por igual en las esferas interna y de política exterior. Lo que es aún más importante, se refuerzan mutuamente. Por ejemplo, los recortes fiscales de la primera Administración reflejaron de forma simultánea su filosofía económica, su acomodado cuerpo electoral y su objetivo de restringir la función del gobierno en la redistribución y en los programas sociales mediante una reducción de la capacidad fiscal. A la vez, el grado casi inimaginable de gastos en pro de las intervenciones en Afganistán e Irak le proporcionaron una excusa —a la par que la necesidad— para recortar fondos de los programas de política interna. Una mayoría de los ciudadanos podría entender que estos recortes fuesen el precio a pagar por un mayor incremento de protección de la Seguridad Nacional desde el 11/S (Afganistán e Irak), a causa de que existe un intervalo de tiempo entre los recortes fiscales y un déficit presupuestario pendiente de reajuste, en tanto que, de hecho, la razón de todo ello es que los recortes fiscales y, tras ellos, la agenda interna destinada a cumplir los fines del bienestar público, desplazan toda la responsabilidad al sector privado, mutilando así al Estado en lo referente a la protección de las clases desfavorecidas y medias.

Dicho esto, aun guiada por una filosofía pública particular la política debe dar respuesta a intereses y acontecimientos específicos sobre los que la Administración ca-

rece de control. Éste es siempre el caso en la Política de Seguridad y Defensa, en mayor medida que en la Interna. La Administración Bush ha sido inusualmente hábil en sacar ventaja de diversas contingencias, y algunas de ellas —tales como la política nuclear de Corea del Norte o la insurgencia en Irak— se entienden mejor como *consecuencia* de la política de Estados Unidos. No obstante, ésta debe convivir con algunas limitaciones, como las de los recursos de las fuerzas armadas y las que se derivan de las políticas independientes de sus aliados potenciales. Habiendo confeccionado internacionalmente la agenda en su primera legislatura (por ejemplo, en Asia Central, en el Oriente Próximo, en Tratados internacionales como los de Kyoto y la Corte Penal Internacional), ahora se advierte un deslizamiento hacia un «talante diplomático» a fin de reducir la sangría presupuestaria mediante el multilateralismo. La restricción de recursos impone severos límites sobre cualquier política de «guerra preventiva», pero no reduce el carácter instrumental de este «nuevo» multilateralismo. El poder y el interés nacionales, definidos sin aparente consideración de cualquier especie de imperativo de interdependencia, siguen siendo el credo oficial de Washington. Es más, la experiencia del primer período ha persuadido al equipo de Bush de que su talante de «chicos duros» ha funcionado. ¿Por qué irían a cambiar ahora?

¿Significa esto que los neoconservadores se hayan retirado de la política exterior y de seguridad? En ningún caso; siguen tan poderosos como siempre y allí donde individuos como John Bolton han sido reemplazados, se les ha sustituido con *pedigrees* igualmente neoconservadores. Lo cierto es que ha habido una limpieza doméstica dentro del frente del personal, expulsando a todos aquellos que mantuvieran alguna independencia y rellenando todos los puestos vacíos con los acólitos más leales. La nueva secretaria de Estado, Condoleezza Rice, cuenta con un equipo de gente con el que ha trabajado durante años, en tanto que el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, no sólo continúa, sino que ha vencido en su batalla contra la CIA por el control de las operaciones de inteligencia y especiales (sin ninguna de las supervisiones del Congreso a las que la CIA está supeditada). Esto significa que no se cierne ninguna nueva cuestión sobre el horizonte de la política exterior. Ésta se halla en un talante de consolidación, no en uno radical. El foco se sitúa en la ejecución y aplicación de la agenda propuesta en la primera legislatura y esto requiere un cambio de táctica, aunque no de filosofía.

¿Acaso significa esto que la política interna vaya a adquirir prioridad sobre la exterior y de seguridad? En absoluto; sólo que hay, de lejos, muchas más tareas que deben iniciarse y cumplirse de inmediato en la agenda de Política Interna —tales como la política fiscal, la seguridad social y los sistemas de sanidad pública y el judicial. El traspaso de objetivos del Vicepresidente Cheney desde la política exterior a favor de la política interna da la medida de ello. De hecho, las políticas exterior y de seguridad continuarán siendo el arma más efectiva respecto de lo que mi colega Frances Fox Piven denomina la «guerra en casa», tal como quedó tan dramáticamente reflejado en la exitosa estrategia electoral republicana en 2004. Ambas políticas proseguirán reforzándose mutuamente en la agenda de Bush, a menos que los demócratas de la oposición varíen su estrategia y, para combatir los objetivos internos del Presidente, se arriesguen a afrontar las acusaciones de traición y de «debilidad en la seguridad nacional».

¿Cómo predice que será la relación entre Estados Unidos y Europa durante los cuatro próximos años?

SUSAN L. WOODWARD. Las relaciones entre Estados Unidos y Europa dependerán así en gran medida de cómo Europa se adapte a este cambio de táctica, que parece ser más incluyente, sin ninguna variación respecto a la insistencia de Washington en tomar la iniciativa y confeccionar la agenda. El lenguaje de la inclusión, desde luego, se refiere a una «agenda común», con lo que se hace referencia a una aceptación por parte de Europa de los objetivos de la política americana. Los europeos han hallado medios para operar dentro de la agenda de Bush sin violar por ello sus posiciones de independencia en temas como, por ejemplo, Irak o Irán —así, por ejemplo, al tomar parte en las fuerzas de seguridad afganas en vez de en Irak; al aceptar el concepto militar estadounidense de los Equipos de Reconstrucción Provincial (ERP) en Afganistán, aunque estableciendo sus propios ERP; o al proporcionar entrenamiento militar y policial a iraquíes, si bien no en el propio Irak; o al aceptar enfrentarse a Irán en la cuestión nuclear pero empleando negociaciones diplomáticas en vez del *ultimátum*. Los conflictos de intereses proseguirán jugando su papel en asuntos económicos, pero incluso aquí Europa aparece más constreñida por la interdependencia que lo que lo está Estados Unidos. Este constreñimiento es una cuestión de percepciones, y por tanto, de liderazgo, lo que constituye, desde luego, la primera Administración Bush. En este momento, los europeos parecen inclinarse a ser acomodaticios y a evitar los conflictos.

¿Cuál es la importancia geopolítica o geoestratégica de la fórmula del «Gran Oriente Medio» y cuáles son los diferentes puntos de vista que pueden existir entre Estados Unidos, la Unión Europea y los regímenes que se encuentran dentro de esa extensa zona?

GILBERT ACHAR. La fórmula del «Gran Oriente Medio» (GOM), tal como es definida por Washington, se corresponde con un diseño regional realizado desde un punto de vista estratégico estrictamente estadounidense, sin relación alguna con las realidades históricas, culturales, sociales, políticas o económicas que justifiquen la diferenciación entre unas y otras regiones. Por esa razón esa fórmula no ha convencido a otros socios que no sean los propios Estados Unidos, así como su aliado israelí, el cual comparte en gran medida sus preocupaciones estratégicas. No hay, en efecto, ninguna razón para definir una región que va de Marruecos a Afganistán, pasando por Turquía e Irán, sin integrar el Cáucaso y el Asia Central, que forman parte, con el Oriente árabe y los países no árabes del llamado «GOM», de lo que se llama el Asia Occidental. Además, ¿por qué Pakistán y Afganistán deberían pertenecer al «GOM» en lugar de a Asia del Sur junto con el resto del subcontinente indio? Está claro que la única lógica del diseño propuesto por Washington es la que corresponde a la zona de expansión del integrismo islámico hostil a Estados Unidos. Esa lógica se inserta en el marco de la «guerra contra el terrorismo» declarada por la administración Bush desde el 11 de septiembre de 2001. Los países de la ex zona soviética no han sido incluidos con el fin de no ofender a Moscú. El resto del subcontinente indio tampoco para no ofender a Nueva Delhi. El proyecto ha sido anunciado en el momento en que la administración Bush había sido puesta en entredicho por el hecho de tener que reconocer que las famosas «armas de destrucción masiva» no existían en Irak, a pesar de sus afirmaciones contrarias para justificar la invasión del país. Ha elegido entonces poner el acento en un pretexto que le sustituyera: la «democracia». Washington ha tratado así de justificarse en nombre de una nueva versión de la «misión civilizadora» de la época colonial. Por todas esas

razones el proyecto no ha convencido. Los Estados afectados han rechazado el diseño propuesto, empezando por los países árabes. Incluso los aliados europeos de Washington han mostrado muy poco entusiasmo. La iniciativa de Washington ha sufrido un verdadero fracaso.

¿Cuál es la importancia de la lucha por el control de los recursos energéticos entre las diferentes grandes potencias globales y regionales?

GILBERT ACHAR. La lucha por el control de los hidrocarburos es uno de los «móviles» de la historia mundial desde comienzos del siglo XX: fue ya una de las cuestiones cruciales de la Primera Guerra Mundial. El imperialismo alemán trató de asegurarse una presencia dentro de lo que es hoy Irak de acuerdo con el Imperio Otomano, mientras que los británicos y los franceses se entendieron entre sí desde 1916 para ir parcelando el Imperio. Con la creciente importancia del consumo de petróleo como fuente energética a lo largo del siglo pasado, la lucha por el control de los recursos petrolíferos mundiales ha ganado una importancia estratégica cada vez mayor. EE.UU. ha conseguido asegurarse una posición preponderante en esa lucha estableciendo desde los años treinta su protectorado de facto sobre el Reino saudí, el cual llegará a detentar la mayor parte de las reservas mundiales de petróleo. Desde la Segunda Guerra Mundial Washington decidió construir una base militar principal en el territorio de ese Reino, en plena zona petrolífera. Esa base tuvo que ser evacuada bajo la presión del nacionalismo árabe nasseriano a comienzos de los años sesenta. En ese contexto EE.UU. estableció una alianza estratégica privilegiada con el Estado de Israel, convertido en su principal fuerza militar por delegación en la región desde los años sesenta hasta finales de los años ochenta. En 1990 la agonía de la URSS y la invasión de Kuwait por el régimen de Sadam Hussein dieron a Washington la posibilidad de restablecer una presencia militar masiva en la región del Golfo árabe-pérsico, en particular en territorio saudí. Ese retorno, tanto en sus modalidades militares como en sus resultados en términos de control estadounidense sobre una región que detenta los 2/3 de las reservas mundiales de petróleo, ha jugado un papel decisivo en la definición de la postguerra fría: mientras que algunos llegaron a creer que el fin de la URSS iba a devaluar la tutela militar que ejerce Washington sobre sus aliados europeos y japoneses, la guerra del Golfo de 1991 ilustró de manera espectacular el carácter «indispensable» de EE.UU. en la defensa del sistema de dominación occidental (en el sentido político, incluyendo a Japón) a escala mundial. Esto era crucial con mayor razón en el plano estratégico si tenemos en cuenta que los recursos petroleros mundiales están condenados inexorablemente a su agotamiento a lo largo de este nuevo siglo. Con el tiempo, a partir del próximo decenio, e incluso ya en la actualidad según algunos, el mercado petrolero va a conocer una tensión creciente presionando al alza los precios debido a la coincidencia entre un elevado crecimiento de la demanda y un estancamiento y posterior declive de la oferta por razones físicas.

¿Cuál es la importancia del conflicto de Irak en ese contexto y qué hipótesis sobre el futuro se pueden avanzar?

GILBERT ACHAR. El objetivo de Washington era claramente rematar su dominio en la región del Golfo: apoderándose primero de Irak, estableciendo luego su tutela sobre

Irán, perdida con el Sha en 1979. Por eso la ocupación de Irak, que Bush padre no pudo llevar hasta el final por razones políticas, ha sido una preocupación estratégica prioritaria de Washington después de 1991, imponiendo un embargo al país de consecuencias genocidas. El 11 de septiembre de 2001 ofreció a la Administración de Bush hijo, diez años más tarde, el pretexto ideológico-político para culminar esa ocupación diferida, no sin tener que apoyarse para ello en algunas mentiras. Hoy en día, con el Reino saudí, las otras monarquías petroleras e Irak —siempre que, por supuesto, Washington llegue a estabilizar su ocupación de este último país— EE.UU. controla en esa sola región cerca de la mitad de los recursos petrolíferos mundiales.

Ahora bien, nada es hoy menos seguro que la perpetuación a largo plazo del dominio estadounidense sobre Irak. Esto es el resultado de opciones tomadas por Washington y dictadas por consideraciones a la vez estratégicamente erróneas e ideológicamente motivadas. Me refiero a la decisión de dismantelar el aparato de Estado baasista, puesto que era posible para Washington haber llegado a un entendimiento con la mayor parte de ese aparato con el fin de controlar Irak a través del mismo, en lugar de eliminarlo. Esa decisión fue tomada por dos razones: por un lado, por la desconfianza respecto al mantenimiento de un aparato de Estado importante en un país como Irak, el cual podría liberarse de nuevo de la tutela de EE.UU. y amenazar a Israel (los pro-israelíes han presionado a favor del dismantelamiento); por otro, debido al discurso ideológico de los neoconservadores (ellos mismos pro-israelíes) sobre una «des-baasificación» que debía conducir a un Irak «democrático» proamericano y amigo de Israel. Eso era evidentemente una pura ilusión. Contra ese discurso típicamente «idealista», el buen sentido de los «realistas» gana fácilmente. Irak sólo podía ilustrar lo que Samuel Huntington, «realista» bien conocido, llama la «paradoja de la democracia»: hay regiones en el mundo en donde unas elecciones democráticas no pueden llevar al poder más que a corrientes hostiles a EE.UU. e incluso a Occidente en general. Es evidente que Irak pertenece a ese tipo de regiones: el sentimiento hostil a Washington ha llegado al colmo en esa parte del mundo, en donde se suma al resentimiento hacia unos regímenes aborrecibles apoyados por Estados Unidos el apoyo de éstos últimos al Estado de Israel, en un momento en que éste realiza la política más brutal de su historia contra los palestinos.

En la actualidad Washington se encuentra en una situación eminentemente difícil en Irak: no solamente debido a la extensión de las acciones armadas en las regiones árabes sunitas del país sino también, y sobre todo, debido a la emergencia desde las urnas de un gobierno con una legitimidad popular, apoyado por fuerzas político-religiosas hostiles al mantenimiento a largo plazo, si no es a corto, de la presencia de tropas extranjeras en el país. Un gobierno que tiene más simpatías por Teherán que por Washington, en el momento en que EE.UU., y su aliado israelí, se opone frontalmente a un «eje del mal» regional que va del Hezbollah libanés al régimen iraní, pasando por el régimen sirio y, ahora, fuerzas pro-iraníes preponderantes dentro del nuevo gobierno irakí.

¿Por qué la dimensión religiosa tiene un papel creciente en la región y cuáles son las posibilidades de evolución de las diferentes corrientes que se expresan en ese sentido?

GILBERT ACHAR. Hay dos respuestas posibles a esta pregunta: una es de naturaleza «esencialista» o «culturalista», y postula que la fuerza de las corrientes islámicas, en particular las corrientes integristas islámicas, en la región se debe a la naturaleza misma

del islam en tanto que religión. Pero esa respuesta no podría explicar por qué, si es así, no lo fue siempre. En los años cincuenta y sesenta las corrientes integristas habían sido reducidas a un papel marginal por el nacionalismo «socializante», sobre todo en su versión nasserista dentro del mundo árabe. Sólo a partir de finales de los años setenta las corrientes integristas, catalizadas por la «revolución islámica» en Irán, se impusieron como vectores principales de las protestas populares, en particular de las más radicales. La otra respuesta a la misma pregunta sitúa la explicación en los factores socio-económicos y políticos: la exacerbación de las tensiones sociales con las medidas de liberalización económicas practicadas en la región desde los años setenta, agravadas por la inflación derivada del alza de los ingresos petroleros, ha alimentado el resentimiento popular. Sin embargo, éste no podía ya expresarse a través del nacionalismo progresista lleno de descrédito y agonizante o degenerado (como los regímenes baasistas de Damasco y Bagdad). Hay que tener en cuenta, además, que apenas hay un movimiento obrero autónomo en toda la región y que la izquierda radical no ha superado nunca su marginalidad, con mayor razón debido a que desde los años setenta el «comunismo» estaba cada vez más desprestigiado por la decadencia de la URSS y, luego, por la invasión soviética de Afganistán.

En esas circunstancias las corrientes integristas se han impuesto como vector de recambio. Habían sido promocionadas durante los años anteriores por Washington y sus aliados saudíes como instrumento ideológico-político de lucha contra el nacionalismo de izquierdas en los países musulmanes; luego fueron utilizados por los gobiernos locales, en los años sesenta, para contrarrestar la presión de izquierdas que siguió a la guerra israelo-árabe de 1967 y al ascenso de la resistencia palestina.

Es cierto que la naturaleza de la religión islámica es un factor importante: eso explica el carácter socialmente reaccionario de las protestas integristas, ya que toda adhesión literal al corpus teológico clásico del islam, formado hace un milenio, sólo puede traducirse en una actitud eminentemente retrógrada hacia la sociedad moderna. En este sentido, la comparación con América Latina es esclarecedora: en esa parte del mundo los ideales de izquierda —como estamos comprobando en la actualidad— se han visto mucho menos desacreditados que en el mundo musulmán, en particular debido a la popularidad que ha tenido el régimen cubano. Además, en la religión cristiana el retorno a las «santas escrituras», cuando privilegia los Evangelios en detrimento del Antiguo Testamento, es mucho más fácil de conciliar con una política de izquierdas, incluso de izquierda radical, que en el islam. La razón de ello está en que el corpus fundador del islam contiene ya una codificación de las relaciones sociales y de determinadas formas de poder de su época; lo mismo pasa con el Antiguo Testamento, mientras que el mensaje de Cristo es esencialmente moral e «igualitario», dejando a «César» el gobierno de lo humano. Es debido, por tanto, a esos factores combinados, entre otros, como podemos explicar, en mi opinión, el papel fundamental de la teología de la liberación en la izquierda latinoamericana. Ahora habría que preguntarse cuáles son las posibilidades de evolución de la protesta político-religiosa islámica. Por las razones ya mencionadas, yo excluyo una radicalización «a la izquierda» de esas corrientes a través de una versión musulmana de la teología de la liberación, que algunos creen posible y que otros han creído incluso encontrar en las corrientes integristas actuales, a pesar del carácter eminentemente reaccionario de su programa en el plano social y, en particular, en lo que se refiere a las mujeres. El integristismo musulmán, con todas sus contradicciones y

sus aspectos reaccionarios, continuará dominando la escena de las protestas populares mientras no emerja una alternativa progresista creíble, la cual podría surgir en parte de rupturas en su seno. Haría falta que apareciera, y se impusiera en el terreno de la protesta dentro del mundo musulmán, una prolongación regional del movimiento altermundialista, principal vector desde mi punto de vista de una nueva izquierda a escala mundial. De momento, esa perspectiva está todavía en estado embrionario en los países musulmanes. Pero si ese movimiento mundial sigue creciendo, no dejará de catalizar con su fuerza el crecimiento de sus ramificaciones en el mundo islámico.